

pliarla, hasta abarcar más y más ámbitos vitales y acabar en el relativismo.

Berger apunta que el cristianismo está más capacitado para afrontar el pluralismo moderno, pues ha sido un factor genético determinante de la civilización actual. Sin embargo, el Autor no es demasiado optimista acerca del futuro de la fe cristiana, que ha llegado un tiempo en que ha de afrontar el hecho de que se ha producido entre los fieles la *contaminación cognoscitiva*. A corto plazo vislumbra cuatro posibilidades para las diversas comunidades cristianas: 1) la *negociación cognoscitiva* —su paradigma sería Schleiermacher: renunciar a algunos puntos de la fe, pero aferrarse a otros; 2) la *rendición cognoscitiva* consiste en la reducción de la fe a categorías culturales o políticas y produce un cierto alivio cognoscitivo, pero acaba autoeliminandose al eliminar la fe como tal; 3) el *atrincheramiento defensivo*, retirándose a una plaza fuerte —un ghetto— donde puedan seguir vigentes todas las normas tradicionales; 4) el *atrincheramiento ofensivo*, proponiéndose reconquistar la sociedad en nombre de la religión, como proyectan los protestantes «evangélicos». Con todo Berger señala que el pluralismo es seguramente un fenómeno tan inestable como la modernidad: el hombre se cansa de vivir en el relativismo y busca seguridad en la adhesión a alguna ideología.

Curiosamente Berger hace una declaración explícita de fe en la verdad y, consecuentemente, de esperanza sobre el futuro de la fe cristiana: «Las fuerzas pluralizadoras de la modernidad relativizan de hecho todos los sistemas de creencias, pero la verdad surgirá a la luz una y otra vez. *La verdad se resiste a la relativización*. En este sentido cabría afirmar que las fuerzas de la modernidad, a lo largo del tiempo, separan el grano de la paja. Esto coloca a la Iglesia en una situación sorprendentemente parecida a

aquella en la que comenzó» (p. 103). Para ello sólo es preciso que los teólogos sean suficientemente audaces y honrados como para asumir cualquier confrontación intelectual seria como un diálogo *a nivel de verdad*. Nuestra situación pluralística puede ser, a fin de cuentas, positiva para la fe, también desde el punto de vista individual: «nos ofrece una posibilidad muy interesante de convertirnos en «contemporáneos» de la Iglesia primitiva» (p. 161) y vivir la fe en unidad de vida, con todas las fuerzas del ser y no por exigencias sociales.

El pensamiento pendular de Berger se hace notar al definir la fe o tratar sobre la necesidad de la Iglesia —entonces retoma las posturas clásicas del protestantismo liberal—. Su libro, tras haber tratado otros problemas muy diversos, se deja reconocer sobre todo como una reflexión sobre la incidencia del pluralismo cultural en la fe cristiana, una reflexión que no prescinde de la fe y que, así, concluye con un acto de esperanza: «Esperamos en la obscuridad que aparece la luz de la mañana de Dios» (p. 266).

J. M. Otero

Juan Carlos GIL-José Ángel NISTAL,
«New Age». *Una religiosidad desconcertante*, Herder, Barcelona 1994, 280 pp.
12 x 20

Aunque el movimiento New Age tiene escasa incidencia en Europa, sin duda —como todo lo que en Estados Unidos acontece— ha despertado una lógica curiosidad entre sociólogos y, finalmente, también entre los teólogos. Este libro se suma a una bibliografía extensa (los Autores la han compilado pacientemente en un Apéndice), de la que forman parte ya algunas publicaciones en castellano.

Como apunta M. Arranz en el Prólogo, New Age trata de ser una cosmovisión que presenta «un nítido halo de religiosidad» (p. 20), pero que resulta notablemente simplista. Este libro trata de sistematizar el proteico material producido por este movimiento, haciendo de él «una presentación crítica y progresiva» (p. 26), y planteando finalmente las cuestiones teológicas que suscita.

El Capítulo I se dedica a situar New Age dentro de su contexto sociológico, que es caracterizado por un extendido «desconcierto religioso». La presentación posterior de New Age se caracteriza por el esfuerzo de sistematización a la cual someten los Autores este fenómeno socio-religioso; ello les lleva quizá a abusar del discurso esquemático, enumerando características en párrafos precedidos de guiones, en deterioro de un discurso lineal que hubiera sido quizás ocasión de una mayor profundidad.

Tras describir así sus características, New Age es definida como «la propuesta de una cosmovisión —sincretista y ecléctica respecto de diversas tradiciones y autores— de toda la realidad, presentada como una nueva conciencia integral ecológica y holística, que sin un cuerpo doctrinal preciso y homogéneo, encuentra en la dimensión religiosa su mayor florecimiento como expresión de una espiritualidad panteísta cósmica e inmanente» (p. 193). Como puede apreciarse, el enfoque teológico ha guiado desde el principio el estudio de este fenómeno.

El Capítulo VI se propone finalmente llevar a cabo una consideración explícitamente teológica de los problemas que suscita. Luego de recopilar las doctrinas de New Age acerca de temas específicamente cristianos, los Autores se plantean cuáles han de ser los términos para un hipotético diálogo entre la fe cristiana y este nuevo gnosticismo.

Estos términos están en general bien vistos, como también la enumeración de retos pastorales que plantea a la Iglesia. Quizá la jerarquía de esos desafíos pudiera plantearse un poco más razonablemente, teniendo en cuenta que no tiene relevancia plantearse el diálogo con un conjunto de ideas y grupos tan dispersos y de hecho tan poco interesados en aprender algo de la Iglesia. En este sentido, el auténtico desafío pastoral que supone esta gnosis debería buscarse en los problemas vitales de cada persona, más que en la ideología del grupo al que se ha adherido; los Autores aluden a la necesidad de «acompañamiento a las personas afectadas» (pp. 243 s.), aunque lo sitúan en un tercer lugar dentro de las prioridades. Poco después subrayan la importancia de reforzar el sentido de fraternidad en las comunidades eclesiales, así como la catequesis.

En definitiva, New Age es un incentivo más para «una nueva evangelización, que indique cómo la fe cristiana es capaz, mejor que nadie, de responder a los problemas humanos más profundos» (p. 245).

J. M. Otero

Francesco CULTRERA, *Hacia una religiosidad de la experiencia*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1994, 281 pp., 15 x 21

La categoría de *experiencia religiosa* tiene un interés permanente, aunque evidentemente atraía más la atención de los teólogos en 1986 —fecha de la edición original italiana de esta obra— que hoy. El interés de esta expresión consiste sobre todo en su contexto: subrayar la riqueza de la religión y especialmente de la fe cristiana frente a unas concepciones demasiado intelectualistas y par-